

LECCION IX *desde*

CULTIVO DE LA SENSIBILIDAD.

Educación moral. — Naturaleza compleja de la sensibilidad. — División de las inclinaciones. — La educación del corazón es con frecuencia descuidada. — Necesidad de esta educación. — Dificultades particulares de la educación de los sentimientos. — Desarrollo de la simpatía en el niño. — Caracteres generales de la sensibilidad infantil. — Abuso de la sensibilidad en la educación. — Falsas apariencias de la sensibilidad infantil. — Reglas generales de la educación de la sensibilidad. — Relaciones del sentimiento y de la idea. — Comunicación de los sentimientos. — Relaciones del sentimiento y de la acción. — Generación de los sentimientos de unos en otros. — El sentimiento del placer y el de la pena. — Excitación de los sentimientos personales. — Las pasiones.

La educación moral. — La educación intelectual es seguramente la mejor preparación para la educación moral. Nada de lo que se haga para desarrollar la inteligencia será perdido para el cultivo de los sentimientos de la conciencia moral y de la voluntad. En una inteligencia bien organizada y en la que todas las facultades han recibido la educación apropiada á su destino, las cualidades morales del carácter germinan espontáneamente. El hombre simplemente instruido puede ser un mal sujeto, pero dudamos que pueda serlo si ha sido bien educada su inteligencia. Una imaginación ordenada, una atención fuerte y un juicio sólido, son barreras seguras contra la exageración de las pasiones y contra los extravíos de la conducta.

Es igualmente cierto que no basta la educación inte-

lectual y que las otras facultades merecen también un cultivo especial. El hombre sensible no tiene menos valía que el hombre intelectual. No sólo estamos hechos para conocer y comprender; estamos también destinados para sentir y para amar. La educación moral se diferencia, pues, de la intelectual y su primer objeto debe ser el cultivo de la sensibilidad.

Naturaleza compleja de la sensibilidad. — Nada tan variado ni tan complejo como los fenómenos psicológicos que los filósofos refieren á la sensibilidad. Ante estos hechos tan diversos en los que están todos los elementos de todas las virtudes y de todos los vicios de la humanidad; ante estas manifestaciones de lo que hay más humilde y grosero y también más elevado é ideal en el alma humana, convendría hacer comparecer, para confundirlas, las opiniones extremas de los que dicen con Rousseau: « Todo es bueno », ó con Hegel: « todo es malo en el hombre ».

La sensibilidad es la fuente común de que dimanar las pasiones más degradantes y los sentimientos más elevados. De ella provienen á la vez el hombre sensual que se abandona á los placeres del cuerpo, el egoísta absorto en procurarse su bien personal, el perverso que todo lo sacrifica á su humor vengativo y el hombre adicto y bueno que no tiene otro placer que el que procura al prójimo, el amigo, el patriota, el filántropo, que se sacrifican para servir al objeto de su culto.

De esa misma diversidad de los fenómenos de la sensibilidad resulta que el papel de la educación es doble, pues se trata tan pronto de moderar ya un de reprimir las inclinaciones peligrosas y las malas pasiones, como de estimular y desarrollar las bellas y nobles cualidades del sentimiento.

División de las inclinaciones. — La mayor parte de los filósofos están de acuerdo en dividir en tres clases las inclinaciones y emociones de la sensibilidad:

1ª Las inclinaciones personales ó individuales que

tienen por objeto el yo y todo lo que con él se relaciona directamente, como los placeres del amor propio y de la ambición. Una palabra las resume todas: el egoísmo.

2ª Las inclinaciones simpáticas ó benévolas que nos unen al prójimo y para las cuales la escuela positivista ha inventado la palabra *altruismo*; como los afectos en general, el patriotismo, el amor á la humanidad, etc.

3ª Las inclinaciones superiores que tienen por objeto las ideas abstractas, como el amor de la verdad, de la belleza, del bien, etc.

Las últimas de estas manifestaciones de la sensibilidad forman una clase enteramente separada, pues se refieren á lo que hay más elevado en la naturaleza humana; á la moral, á la ciencia, al arte. Las estudiaremos más adelante. Ahora vamos á examinar tan sólo las inclinaciones egoístas y las benévolas, en su desarrollo natural y en su educación pedagógica, poniendo desde luego de relieve las que constituyen la buena sensibilidad, el amor al prójimo, el corazón, en una palabra, por el cual, como decía el P. Girard, «es el hombre todo lo que es».

La educación del corazón es descuidada con frecuencia. — Hace mucho tiempo que los psicólogos han puesto la sensibilidad en el lugar que le corresponde dentro del cuadro de las facultades humanas; pero parece que les ha costado trabajo hacerse oír de los pedagogos. Ábranse, en efecto, la mayor parte de los tratados de pedagogía y se verá que falta el capítulo relativo al corazón. Y la práctica resulta en este punto conforme con la teoría. ¡Cuántas escuelas existen, en las que no se hace nada por cultivar las emociones, los sentimientos simpáticos, todo lo que hace al hombre bueno y sociable!

Más aún; hay escritores que han alabado esta omisión como un mérito de los pedagogos. Véase este pasaje de Guizot:

« El silencio casi absoluto que Montaigne ha guardado sobre la parte de la educación que se refiere á formar el corazón del alumno, me parece una nueva prueba de su buen juicio (1). »

Necesidad de esta educación. — No podemos asentir á semejante aserción. Nos parece que el corazón tiene los mismos derechos que la inteligencia á un cultivo especial.

¿ Hay necesidad de probar que el corazón vale, por lo menos, tanto como la inteligencia y que la sensibilidad merece la solicitud del educador? ¿ No es evidente que el deber mismo debe ser puesto, con mucha frecuencia, bajo la guarda del sentimiento? No hay virtud más segura que la que se funda en el amor mismo de la virtud. « Solamente es virtuoso, decía Aristóteles, el que encuentra placer en serlo. Desconfiemos, sí, de los hombres que, como Rousseau, buscan tan sólo en el corazón el principio de su conducta. El corazón debe estar mandado por la inteligencia, y una ardiente sensibilidad puede ocasionar los más extraños extravíos del juicio y de la acción. Pero desconfiemos también de los espíritus secos y demasiado razonadores que no se inspiran sino en una fría reflexión.

Por otra parte, hay afectos que forman parte integrante de nuestros deberes. El amor á la familia, á los amigos, á la patria, no es sólo la fuente de los placeres más delicados y de los mejores goces de la vida, sino que es también el primer deber de un hombre virtuoso.

Dificultades particulares de la educación de los sentimientos. — Una de las razones del silencio que los pedagogos guardan generalmente sobre la naturaleza del corazón, es, acaso, la dificultad particular de esta parte de la educación.

No se dan lecciones de sensibilidad como de lectura ó de cálculo. El maestro tiene en sus manos los medios de excitar las potencias intelectuales del alumno; pone los objetos ante sus ojos, le comunica los conocimientos

(1) *Méditations et Études morales*, p. 401.

de palabra, y de este modo obra directamente sobre las facultades del espíritu. Pero no tiene el mismo poder sobre los sentimientos. No se puede mandar á un niño que se emocione como se le manda que atienda.

Además, la gran diversidad de las manifestaciones de la sensibilidad complica aún el problema. El corazón es, más que la inteligencia, un don natural. Según la opinión general, que no va en esto muy descaminada, nacemos amables ó agresivos, afectuosos ó fríos. La educación parece impotente para templar ciertas almas y para hacer aparecer en ellas la vida del amor.

Á pesar de esas dificultades, hay un arte de cultivar la sensibilidad, que consiste en colocar el alma del niño en las circunstancias más favorables para el desarrollo completo de sus disposiciones naturales.

Desarrollo de la simpatía en el niño. — En su origen, el niño no es más que un pequeño egoísta, pero de su mismo egoísmo se desprende poco á poco la simpatía y la facultad de amar.

Desde muy temprano el niño da muestras de simpatía ó de antipatía, no sólo hacia las personas y los animales, sino también hacia las cosas inanimadas.

Los juguetes, los caballos de madera, los gatos de caucho, le inspiran el más tierno afecto, y en desquite detesta sinceramente todo lo que le hace daño ó le causa molestia. « Las disciplinas y la toalla son para él, dice M. Pérez, enemigos personales ».

Es fácil comprobar que las primeras simpatías del niño no se refieren más que á las personas que le procuran algún placer sensible. Á los seis meses el niño no sonríe de buena gana sino á su nodriza y á su niñera; á aquélla porque le recuerda las dulces impresiones de la lactancia, y á ésta porque le acuna y le acaricia.

La costumbre y la familiaridad desempeñan también un papel en el desarrollo de las afecciones nacientes y

en la educación de una sensibilidad que se asusta de todo lo que es nuevo y desconocido.

Más tarde, cuando une á los placeres del gusto y del tacto los de la vista y el oído, las simpatías provocadas por estas nuevas sensaciones agradables ó desagradables se refiere á los objetos sonoros ó coloreados, como los animales, por ejemplo, que por la gracia de sus movimientos ó por la viveza de sus gritos dan á la vista y al oído del niño ocasiones de ejercitarse agradablemente.

La simpatía, en resumen, sigue paso á paso las manifestaciones sucesivas del placer sensible.

Caracteres generales de la sensibilidad infantil. — La sensibilidad tiene en el niño los mismos límites que la inteligencia. El niño no se refiere en su pensamiento más que á las cosas actuales; su memoria no alcanza más allá del minuto que acaba de transcurrir y no sabe extender sus inducciones hasta el porvenir. Asimismo, sus placeres y sus penas están, por decirlo así, encerrados en el instante presente.

De aquí la viveza y la fugitiva variedad de las emociones del niño. Su vida sensible se compone de cortas cóleras, de llantos y de risas repentinas, de penas violentas, de súbitas ternuras y sentimientos, en una palabra, tan ardientes como pasajeros. Se concibe, en efecto, que el sentimiento del niño, producido solamente por la presencia de los objetos, se despierte pronto y que, en cambio, no eche raíces profundas, permanezca superficial y no se fije en el alma. El niño se exalta por nada y se entrega por entero á la alegría ó al dolor, con todo el impulso de sus fuerzas ágiles y jóvenes. Ríe á carcajadas, llora á mares ó patalea de impaciencia y de cólera, pero todo este fuego se apaga tan pronto como se ha encendido. Cuando el objeto se aleja ó desaparece, el sentimiento no le sobrevive, porque no hay aún en el niño fuerza suficiente de pensamiento para retener y hacer duradera la emoción. « En cuanto se le presenten nuevos objetos ó nuevas

impresiones, dice M. Sully, se detiene el torrente de su pasión. »

Abuso de la sensibilidad en la educación. — Hay pedagogos cuya máxima favorita es: « Razonad siempre con los niños ». Otros, que no se engañan menos, dicen: « Diríjios siempre á su sensibilidad ».

La educación no admite nunca un móvil exclusivo y mucho menos la sensibilidad. Aunque ésta estuviese perfectamente desarrollada en el niño, sería siempre peligroso fiar enteramente en ella. Pero, además, la sensibilidad infantil es corta y limitada y cuando contamos con su inspiración para gobernar la conducta del niño, nos apoyamos con frecuencia en el vacío.

Falsas apariencias de la sensibilidad infantil.

— El niño es, en efecto, menos sensible de lo que parece. Engañados por las apariencias le atribuimos con frecuencia sentimientos que no experimenta.

« Las acciones de los niños nos engañan continuamente por sus semejanzas con las nuestras y nos equivocamos á menudo cuando buscamos en ellos, para dirimirlos, móviles semejantes á los que la conciencia nos muestra en nosotros mismos. Luisa, en un transporte repentino, deja de jugar, viene á abrazarse á mi cuello y no se cansa de besarme. Parece que todo mi corazón de madre no podría bastar para corresponder á la viveza de sus caricias. Me deja y con el mismo movimiento aturdido se va á besar á la muñeca ó al brazo de la butaca que encuentra en su camino (1). »

Hay una desproporción evidente entre las manifestaciones exteriores del niño, sus gestos y sus movimientos, que atestiguan la vida exuberante de un cuerpo joven, y la medida real de sus sentimientos. No debemos, pues, juzgar por falsas apariencias y atribuir al niño un poder de sensibilidad que no tiene, porque le vemos propenso á las lágrimas. Es ridículo corregir al niño, como quiere Rousseau, diciéndole cuando comete una falta; « ¡ Amigo mío, me has hecho

(1) Mme Guizot, *Lettres de famille sur l'éducation*, t. I, p. 6.

daño! » El niño no comprenderá y la amonestación le dejará muy tranquilo, ó si parece emocionado no lo estará más que superficialmente, y en vez de haber excitado una sensibilidad prematura, no habréis obtenido más que monadas y gestos de mimo.

« Casi siempre se tiene demasiada prisa, dice miss Edgeworth, por desarrollar la sensibilidad del niño y por exigirle que la pruebe. ¿ Se quiere un ejemplo del abuso de este método? Estando enferma en París la duquesa de Orleans, Mme de Genlis exigía de los niños de cuya educación estaba encargada, que escribiesen cartas de hora en hora para pedir noticias de su madre. Pronto á partir para París un mensajero, Mme de Genlis pregunta á los niños si tienen alguna comisión que darle. « Si, dice el mayor, tengo que hacerle traerme una jaula. » Había olvidado á su madre y hubo que decirselo al oído (1). »

Tomemos, pues, á los niños como son; unos pequeños egoístas en los que la sensibilidad afectuosa se desarrolla lentamente y sin llegar nunca á borrar las preocupaciones del interés personal.

Reglas generales para la educación de la sensibilidad. — El estudio detenido del progreso lento y continuo de la sensibilidad que se eleva poco á poco desde los placeres groseros de los sentidos hasta las emociones más delicadas del corazón, es la mejor refutación del error de los pedagogos que, como Rousseau, quieren esperar hasta los quince años para desarrollar los sentimientos morales. Nunca se cuidará bastante de excitar con las amistades infantiles y con los afectos de familia una sensibilidad destinada á emplearse después en más grandes fines. En este punto hay que atenerse á la naturaleza, al instinto, y dar curso desde la juventud á las primeras emociones y á los primeros impulsos del corazón. La educación de la sensibilidad será al principio negativa y se contentará con separar todo lo que pueda comprimir la naciente sensibilidad. Poco á poco, esa educación se

(1) Miss Edgeworth, *Éducation pratique*, t. II, p. 235.

hará positiva y buscará todas las ocasiones de excitar y de reglamentar al mismo tiempo los sentimientos y de fomentar el gusto del niño por las cosas buenas y bellas.

Relaciones del sentimiento y de las ideas. —

El más sencillo análisis psicológico basta para demostrar que los sentimientos tienen estrechas relaciones con las ideas. La sensibilidad se ejerce en objetos que la inteligencia conoce. Es un error creer que el corazón se empobrece á medida que se enriquece la inteligencia. ¿Queréis que el niño ame á su patria? Enseñadle desde luego qué es la patria, contadle su historia y describidle su país. Una vez que la idea haya tomado cuerpo en el espíritu, el sentimiento vendrá á adherirse espontáneamente al objeto conocido. No hay que contentarse, por otra parte, con esclarecer la inteligencia; se debe también interesar la imaginación.

« El relato de un incidente ó de un suceso trágico, hecho de una manera fría y poco interesante, nos encuentra insensibles; presentado de un modo que hable á nuestra imaginación, nos conmueve hasta el fondo del alma. Así se explica también que un accidente ocurrido en una ciudad que conocemos, en nuestro barrio, en nuestra vecindad, nos emociona infinitamente más que si sucede lejos, en una población extranjera ó en un país desconocido (1). »

El desarrollo de la sensibilidad está, pues, íntimamente relacionado con el progreso de la inteligencia. No tenemos poder directo sobre el sentimiento: no podemos provocarle voluntariamente. Pero por vías indirectas, apelando á la reflexión, presentando al niño, ya con relatos, ya con ejemplos reales, situaciones propias para conmoverle, podremos, al esclarecer su inteligencia, hallar el camino de su corazón.

El autor de *l'École maternelle* cuenta una excelente lección de sentimiento filial. Un niño pequeño

(1) M. Marion. *Leçons de psychologie*, p. 182.

de una escuela gratuita perdió su madre y, á la vuelta del cementerio, fué á clase, donde, con el descuido propio de su edad, se puso á hablar y á reír con sus compañeros. Cuando llegó la hora de la salida, el maestro se expresó de este modo:

« Hijos míos, hoy no cantamos. Para cantar hay que ser dichoso y que estar contento y nosotros no podemos estarlo porque hay aquí un niño que es desgraciado. Le ha ocurrido la mayor desdicha que puede afligir á un niño; ha perdido su madre, que tanto le amaba. Esta tarde, cuando vuelva á su casa, no encontrará en ella á su querida madre para abrazarla. Vosotros, hijos míos, que encontraréis á la vuestra, pensad al besarla qué dichosos sois por no haberla perdido. Queredla mucho y, para demostrárselo, no la deis jamás ningún disgusto. » Y el maestro añadió: « Sed buenos con Carlos, que no tiene ya á su madre para amarle (1). »

Comunicación del sentimiento. — Si el sentimiento no se enseña directamente, se puede, en cambio, comunicar. La sensibilidad es contagiosa. Rodead al niño de afecciones y de amor y él responderá á este llamamiento. Su corazón se despertará al contacto con otros corazones. Todas las facultades del alma y sobre todo los sentimientos tienen una tendencia á irradiarse y á extenderse. Si se observa sequedad ó falta de sensibilidad en un hombre formado, no hay que apresurarse á condenarle; la culpa es, probablemente, de sus padres, de sus maestros y de las personas que le han rodeado. Mme de Maintenon era la razón personificada, pero *Su Solidez*, como la llamaba Luis XIV, adolecía un poco de falta de sensibilidad y de dulzura, defecto que procedía, en parte, de su educación. Su madre no la había besado en toda su vida más que dos veces, en la frente, y esto después de una larga ausencia.

El mejor medio de hacer al niño sensible es serlo con él. El amor nace del amor y el alma se abre y se

(1) Mlle Chalamet, *l'École maternelle*, p. 87.

abandona al afecto que se le demuestra. El niño se hará naturalmente dulce y tierno si está rodeado de personas que tengan esas cualidades. La bondad cuyos efectos ha experimentado, le enseñará á sentirla.

« Que el maestro ame á sus discípulos y el corazón de estos responderá al suyo. El amor es naturalmente comunicativo y provoca una correspondencia dulce y simpática. El niño sabe muy bien cuándo se le ama; lo lee en las miradas y en las palabras del maestro; y cuando observa en éste una paciencia llena de afecto, su corazón se enternece y se somete inevitablemente al ser que se consagra á él con tanta abnegación. Entonces acude á él con alegría porque le mira como un amigo y un padre. En esto es en lo que me he fundado, decía Pestalozzi, al querer que mis alumnos pudiesen siempre, de la mañana á la noche, leer en mi frente y adivinar en mis labios que mi corazón les pertenecía y que su dicha y sus alegrías eran mías también (1). »

Relaciones del sentimiento y de la acción. —

Un excelente medio de excitar la sensibilidad es darle ocasión y medios de ejercitarse. El abad de Saint-Pierre exigía como ejercicios escolares actos de beneficencia y de justicia. Al menos se puede exigir de los niños, en la familia, actos de ternura para con sus hermanos y de respeto para con sus padres, y en la escuela, actos de benevolencia hacia sus compañeros. Sólo con esto se le habrá acostumbrado á practicar una virtud y el niño adquirirá el sentimiento que la acompaña y la inspira de ordinario. Dando limosna, aprenderá á amar á los pobres; haciendo servicios al prójimo llegará á amar á la humanidad. Hay que observar una condición, sin embargo; que las acciones que se sugieran al niño sean conformes con su naturaleza, respondan á sus gustos y no sean violentas y forzadas. El

(1) Gauthey, *de l'Éducation*, t. II, p. 8. No es inútil observar, con Mme Pape-Carpantier, que ese afecto del maestro hacia los discípulos debe ser individual. « Para que los niños amen, amados, no desde las alturas de la filantropía, que os alejaría demasiado de ellos. Amad á todos los niños del globo si tenéis un alma bastante grande, pero amad sobre todo y en particular á cada uno de los que se os confían. Nada de afecto abstracto, mucho afecto práctico. »

niño encontrará en este caso en la acción realizada una nueva fuente de placer que le incitará á repetirla, pues es una verdad evidente que amamos porque encontramos placer en amar.

Es preciso, además, cuidar de no contentarse con apariencias. En el sentimiento, como en la religión, lo que importa es el fondo, no las formalidades exteriores. El niño rico, por ejemplo, da de buena gana dinero á los pobres, cuando lo tiene; pero no sabe el valor del dinero, y, acostumbrado á vivir en medio de lo superfluo, no se da cuenta de la privación que se impone. No acostumbremos, pues, al niño sino á acciones que sean propias de su edad y cuyo alcance pueda comprender.

En este ejercicio de la sensibilidad infantil se cuidará de hacer percibir al niño los efectos que sus actos producen en la sensibilidad de los demás. La falta de simpatía en el niño, procede muchas veces de inadvertencia, de no darse cuenta de los sentimientos de sus semejantes. Sería más afectuoso y más amante si supiera hasta qué punto contristan á los que le aman su insubordinación y sus defectos. Hacedle, pues reflexionar en la pena que causa á sus padres cuando se porta mal y en la satisfacción que les procura conduciéndose bien. El día en que el niño tenga una idea exacta de las consecuencias de sus actos, experimentará realmente las delicias de la simpatía y del afecto, cifrará su placer en el de los demás y habrá franqueado decididamente el estrecho círculo del egoísmo.

Generación de los sentimientos unos en otros.

— Así como es cierto que los sentimientos se comunican de un corazón á otro, no lo es menos que, por una especie de generación interior, un sentimiento que nace en el alma da origen á otros nuevos. Los diversos afectos forman como una cadena; si el niño coge un extremo, pasará cómodamente de un eslabón á otro y la cadena entera se deslizará entre sus manos. Dirijámonos al principio á los sentimientos más sen-

cillos y más familiares; encendamos en el corazón del niño un foco cualquiera y pronto veremos extenderse la llama y ganar toda el alma.

« Los niños que ven amarse á su padre y á su madre se aman entre sí. En una casa donde reina la ternura los niños se bañan en ella y la respiran por todos los poros. Antes de aprender á hablar, leen *afecto* en los ojos del padre y de la madre y le transmiten á todo lo que les rodea (1). »

El niño que ha empezado por amar á su familia, estemos seguros de que, llegado el caso, amará también á sus amigos, á sus conciudadanos y á la humanidad entera. El hijo afectuoso, el compañero benévolo, será también, por una especie de dichosa fatalidad, ciudadano ardiente y patriota y hombre generoso y bueno.

No es el amor filial, sino los egoísmos de la familia lo que aparta á veces al ciudadano de amar á su patria como debe amarla.

El sentimiento del placer y de la pena. — El fondo de toda sensibilidad es el placer. El grado de sensibilidad del niño está subordinado á la viveza del placer que es capaz de sentir. No creamos amar á los demás por ellos mismos; en realidad los amamos por el placer que el amarlos nos produce. Con mayor motivo aún, cuando se trata de las inclinaciones personales y egoístas, el principio y el fin del sentimiento es el placer experimentado.

En cierto sentido, se podría, pues, afirmar que la educación de la sensibilidad consiste únicamente en desarrollar ó en regularizar en el niño el sentimiento del placer.

Pero hay varias categorías de placeres. Al lado de las groseras satisfacciones de los sentidos existen las puras emociones del corazón. Por medio del desarrollo de la inteligencia, la educación conseguirá hacer predominar más y más los placeres elevados sobre los

(1) M. Champfleury, *les Enfants*, p. 138.

goces materiales. El problema fundamental de la educación popular era para Condorcet poner el libro en lugar de la botella de vino ó de alcohol, *reemplazar la sensación por la idea*. Si no es *por la idea*, que sea, al menos, por el sentimiento. Entre la vida de la sensación y la vida intelectual hay un término medio, más accesible para la multitud, que es la vida de los sentimientos, de las emociones del corazón, de las ternuras de la familia y de la amistad, de las santas alegrías del patriotismo.

Por otra parte es un problema el saber si la educación debe tender á aumentar en el niño la aptitud para sentir vivamente el placer y el dolor, de cualquier naturaleza que sean.

Según Kant, el cultivo del sentimiento del placer ó de la pena debe ser puramente negativo. El caso de un niño que no encuentre placer en nada es enteramente excepcional. El sentimiento del placer está demasiado conforme con la naturaleza para que sea necesario excitarle y sólo se deben tomar precauciones contra una tendencia tan poderosa naturalmente.

« No se debe, dice el filósofo alemán, envilecer el sentimiento. La inclinación á los placeres es más funesta para los hombres que todos los males de la vida (1). »

Seguramente, no hay nada bueno que esperar de las naturalezas voluptuosas y afeminadas que no saben obrar sino á impulsos del placer. No pensamos como Fenelón que en la educación hay que hacerlo todo por medio del placer y que el ideal del maestro debe ser tener « la cara alegre » y « conversaciones agradables ». Sin creer que el dolor es inseparable del esfuerzo, porque los hay alegres y que redoblan el placer al desplegar la actividad, concedemos que el esfuerzo es á veces penoso y violento, y el esfuerzo es la condición del progreso y el instrumento de la educación.

1) Kant, obra citada, p. 225.

« Combatamos la molicie en el niño, pero no olvidemos, por otra parte, que la insensibilidad es el peor de los defectos. ¿Qué se puede esperar de esos niños taciturnos á quienes nada conmueve, que no saben reir ni aun sonreír y para quienes no existe el placer? Esperémoslo todo, por el contrario, de los niños inclinados á regocijarse y á quienes apasiona el placer, á condición de que sepamos dirigir poco á poco hacia el bien y hacia objetos dignos de ser amados esa necesidad de alegría y ese ardor en el placer. »

Excitación de los sentimientos personales. —

« El sentimiento se desarrollará solo, dice Gauthey, cuando se trata del amor de sí mismo. » Parece, en efecto, á primera vista que los sentimientos egoístas no han de necesitar sino una disciplina negativa ó de represión, que atempere solamente su exageración. Y, sin embargo, todos los que conocen á los niños, saben que, en ciertos casos, la educación debe desempeñar, aun con los sentimientos personales, su papel general, que consiste en aguijonear y estimular. Hay naturalezas de tal modo lánguidas y adormecidas, que la educación debe intervenir para animarlas y excitarlas al amor propio y á la ambición.

« Los impulsos egoístas, dice Sully, pueden ser tan débiles que haya que recurrir, con ellos, á una excitación positiva. Hay niños descuidados y, por decirlo así, en letargo, á quienes se debe llamar á la afirmación de su personalidad. En este caso puede desearse despertar en ellos los sentimientos de orgullo, de ambición y hasta, en casos extremos, el sentimiento antisocial de la rivalidad ó sea el placer de sobreponerse á los demás. Aun cuando no haya un desfallecimiento natural de esos sentimientos, el educador debe, más que reprimirlos, dirigirlos hacia objetos elevados y tratar de transformarlos refinándolos. Así sus esfuerzos tenderán á hacer pasar al niño del temor del mal físico al temor del mal moral, de la emulación por las cualidades del cuerpo á la de las del espíritu, del orgullo que inspira la posesión de los objetos materiales al más noble que se funda en la posesión de los bienes intelectuales (1). »

Las pasiones. — Á decir verdad, el estudio de las pasiones no es materia pedagógica. En efecto, las

(1) M. Sully, obra citada, p. 505.

pasiones, que son inclinaciones exaltadas, exclusivas, que han sido llamadas « las costumbres de la sensibilidad », costumbres imperiosas y violentas, no se desarrollan más que en el curso de la vida. Su temprana edad y su inexperiencia ponen al niño al abrigo de esas profundas perturbaciones, de esas enfermedades del alma. A la moral, y no á la pedagogía, corresponde buscar los medios de curarlas, así como pertenece á la lógica corregir los arraigados sofismas del espíritu sistemático.

Sin embargo, si la educación no tiene que ocuparse de las pasiones, puesto que no existen generalmente en la edad escolar, debe, en cambio, prevenir de antemano su aparición. Hay que impedir desde la infancia que por la preferencia concedida á ciertas inclinaciones y por el desarrollo exclusivo de ciertos gustos, el alma llegue á ser terreno preparado para el nacimiento de las pasiones. La mejor garantía en esto es desarrollar la sensibilidad en todas direcciones. No hay que temer que la pasión se apodere jamás de un alma abierta á todos los buenos sentimientos y que haya aprendido á repartir su facultad de amar entre los diversos objetos dignos de su amor.

Hay, además, otras precauciones que adoptar que M. Marion resume en las siguientes líneas :

« La vigilancia vale más que la represión y que los consejos. Hay que rodear de cuidados al niño y no omitir medio para que crezca en perfecta salud moral. Esto dispensa de recriminaciones tardías y de acusaciones inútiles. Ahorrar á los niños las ocasiones de caída, velar por su conducta, evitando que sospechen vuestra vigilancia, alejar de su vista los malos libros y los malos espectáculos, tener cuidado con las compañías que frecuentan, no permitirse en su presencia más que conversaciones convenientes, no darles más que buenos ejemplos, inspirarles en lo posible el sentimiento de su responsabilidad; en una palabra, dirigir su crecimiento moral de modo que estén sanos y fuertes cuando llegue la hora de las pasiones; tal es la obra de una educación bien dirigida (1). »

(1) M. Marion. *Leçons de psychologie*, p. 249.